

La obra enmarca los distintos estudios biográficos en el contexto político interno y externo de la época, lo que lleva a las autoras a tratar de analizar el papel jugado por los distintos Borbones en los principales acontecimientos políticos del periodo. Esta es, sin duda, la faceta más interesante del libro, ya que permite que nos aproximemos a la trayectoria política de cada uno de los monarcas borbónicos a partir de los factores que, en cada caso, condicionaron su actuación. En este sentido, el libro estudia las diferentes circunstancias históricas que condicionaron la respuesta del monarca de turno hacia los intentos de diversos sectores político-sociales para redefinir el papel político de la Corona.

Desde esta perspectiva, la obra aporta algunas claves que facilitan una mejor comprensión de los factores que llevaron a varios de estos monarcas a adoptar unas posiciones y no otras hacia los procesos históricos que les tocaron vivir. En este marco, *La Casa de Borbón* analiza críticamente varios pasajes conflictivos de la historia más reciente de la dinastía, como la actitud profranquista de Alfonso XIII y del conde de Barcelona durante la Guerra Civil Española y su ambigua relación con el dictador. Lejos de tratar de ocultar o distorsionar estos episodios, como resulta habitual en la mayoría de las biografías oficiales o semioficiales de la familia real

publicadas en los últimos años, María Teresa Martínez de Sas sitúa a los mismos en su contexto explicativo particular.

El libro no permanece al margen de uno de los debates más candentes que se desarrollan en el campo de la historia biográfica: la polémica en torno a la incidencia real de las decisiones individuales en los procesos históricos. *La Casa de Borbón* presta especial atención a las decisiones personales de los monarcas estudiados y a la influencia sobre el trono de aquellos ministros y parientes que constituían el círculo de confianza de cada uno de estos reyes. Las autoras tratan de profundizar en estos aspectos para explicar determinadas actitudes de los monarcas estudiados. No obstante, si bien este modelo de análisis resulta útil para comprender la mecánica de las políticas dinásticas en los periodos de absolutismo regio del siglo XVIII, no puede aplicarse sin grandes reservas a las relaciones, mucho más complejas, de la Corona con los distintos actores políticos durante los dos últimos siglos, como en algunos casos se pretende. En este sentido, la principal crítica que se puede hacer a *La Casa de Borbón* es el excesivo personalismo de algunos de sus análisis históricos, que lleva a las autoras a desatender el estudio de las relaciones del monarca con los distintos grupos de presión y la influencia de éstos en determinadas decisiones regias.

Por lo demás, la obra presenta un excelente aparato crítico. María Victoria López-Cordón traza en el prólogo un completo estado de los estudios biográficos en torno a los distintos monarcas borbónicos y realiza un interesante estudio crítico de las fuentes disponibles para cada periodo, complementado por la bibliografía existente al final de cada capítulo. La autora plantea con acierto el problema representado por el dudoso rigor de parte de las fuentes disponibles para el estudio de algunos de estos monarcas y alerta a los lectores del peligro de caer en los mitos y estereotipos que a menudo se han ido creando en torno a los mismos.

*La Casa de Borbón* cuestiona o matiza algunos de dichos estereotipos y, en definitiva, si bien deja planteados numerosos interrogantes que deberán ser resueltos por estudios posteriores, profundiza en muchas de las cuestiones relativas a la historia de esta peculiar dinastía y aporta una interesante visión de conjunto de la misma. Todo ello hace que esta obra constituya una valiosa aportación no sólo para el público en general, sino para los especialistas de la historia moderna y contemporánea de España.

**Agustín Sánchez Andrés**

## El mundo encerrado\*

Natália Correia, uno de los nombres más sobresalientes entre las páginas de reflexión y de creación literaria de la cultura portuguesa de estas últimas décadas, defiende el concepto de lo femenino como una característica constante en las diferentes formas de expresión lusitana. Justifica su tesis, desde un punto de vista más próximo a la antropología que a la historiografía literaria, a partir de la observación entre los diferentes géneros de reiterados intereses temáticos y tendencias estilísticas cuyos caminos hallan su punto de encuentro en el gusto por el autorretrato, la constante autoobservación y la referencia a todo lo que constituye y limita el propio mundo. La aproximación a la cultura portuguesa desde esta perspectiva convierte la literatura en un narcisista espejo en el que Portugal se lee y en el que, uterinamente, se reencuentra. Desde el interés de la literatura portuguesa por su

\* *Urbano Tavares Rodrigues*, *Tiempo de Cenizas*, Traducción de Bego Montorio, Hondarrabia, Hiru, 2000. *Hélia Correia*, *Insania*, Traducción de Paula Santandreu Roget y Carlos Penela Martín, Hondarrabia, Hiru, 2000. *José Rico Direitinho*, *Breviario de las malas inclinaciones*, Traducción de Silvia Bardelás, Madrid, Siruela, 1999.

pasado histórico para afirmar qué es Portugal y cuál fue su papel en la Historia hasta el consolidado género del diario no sólo como expresión de la intimidad sino como espacio de debate sobre la ficción y la verdad, aparecen constantemente pruebas escritas de esa postura hacia el autorretrato y la autonarrativa que Natália Correia entiende como un principio femenino.

Y a esta reflexión cabría añadir, para perfilar la tendencia hacia lo propio y hacia esta búsqueda de lo circular y lo referencial de la literatura portuguesa, que muchos de los escenarios en los que se desarrollan sus páginas de ficción se inscriben en espacios física y temporalmente cerrados. Son espacios no tanto claustrofóbicos como aislados, suspendidos en el tiempo de la memoria, recogidos en una aparentemente imprecisa ubicación geográfica, que actúa como campo de acción donde los autores pueden reflexionar sobre sus intereses e inquietudes. La dolorosa construcción del convento de Maфра saramaguiano, el reencuentro con la historia sin tiempo en *A Torre da Barbela* de Ruben A., el regreso a la historia propia en *O Delfim* de Cardoso Pires o en *Finisterra* de Carlos de Oliveira, son ejemplos de la necesidad de espacios cerrados que tiene la literatura portuguesa. Lo cerrado sirve para recordar, para cargar en el transcurso del tiempo el peso de la propia historia, para evocar y preservar, pero también sirve para crear un clima de *antirrealidad*,

alegórico –de realismo onírico, según la definición de Carlos Reis–, donde desde la obra literaria se medita sobre la vida.

El espacio cerrado de Urbano Tavares Rodrigues en *A hora da incerteza* –sorprendentemente traducido en castellano como *Tiempo de cenizas* (Hiru, 2000)– es la tierra yerma de São Mendo, en un Alemtejo humilde y necesitado, a donde regresa el escritor Afonso acompañado de Adriana para enjuiciar una vida en común a destiempo marcada por la proximidad de la muerte. La pobreza de São Mendo actúa también como metáfora del consciente encierro en el interior de un cuerpo enfermo que siente con claustrofobia la lenta huida del aliento vital. Afonso vuelve al espacio de su infancia para despedirse de la vida, y la vida es Adriana, por eso el regreso es también metáfora de apertura hacia el influjo de la existencia, lo que da sentido y confirma los resultados de los actos vitales.

*A hora da incerteza* es una obra tensa sobre el deseo de amar el cuerpo joven para poder así amar la vida propia que se aleja. La sexualidad es el agarradero que le queda a Afonso para aferrarse al mundo y es asimismo el punto de unión entre la vida y la muerte. El deseo sexual enmarca la cruel meditación de Urbano Tavares Rodrigues sobre lo que no tiene retorno; de ahí la urgencia por conseguir ese cuerpo joven para acceder a una mínima posibilidad de plenitud, y de ahí

también el sentimiento de frustración al no poder poseerlo. El apremio lo suscita la evidencia de la enfermedad que progresivamente irá impidiendo sentir y tocar; pero el deseo se alimenta también de la angustiosa certidumbre de que la vida –Adriana– pronto rechazará la presencia de la muerte que es Afonso. Las tierras de São Mendo contienen, encerrados como en un puño, lo que se siente expulsado de la vida y lo que pertenece a ella contundentemente.

Mediante diálogos desencontrados y voces interiores superpuestas, Tavares Rodrigues incrusta en el antiguo espacio de la infancia una soledad existencial vivida en común, sin posibilidad de contacto ni emocional ni intelectual. En ese espacio en el que se encuentran la vida y la muerte, la compañía, sin palabras ni caricias, es el único punto de unión que solidariza las existencias de los protagonistas.

En contraste con el realismo de Tavares Rodrigues, los espacios de Hélia Correia son universos asfixiantes y telúricos. Quizás son el mejor ejemplo de lo que su homónima Natália Correia quiere expresar cuando advierte ese «funcionamiento femenino del mundo» entre las páginas portuguesas. El inconfundible barroquismo de su escritura, de perfiles poéticos y escenarios fantásticos, domina las atmósferas extrañas y atemporales donde lo femenino y lo ancestral ocupan el espacio narrativo y se extienden

como una marea lenta que inquieta al lector. El desasosiego y la turbación, latentes en el aire asfixiante que trae la lluvia ácida o en el viento enloquecedor que todo lo arranca de cuajo y evidenciados por las conductas inexplicables de los personajes, hacen mella en el estado de ánimo del lector mientras pasan las páginas de *Insania* (Hiru, 2000), una novela –hay que decirlo– pésimamente traducida por Paula Santandreu Roget y Carlos Penela Martín, no ya por su desconocimiento de la lengua portuguesa, que pronto se hace evidente, sino por el chirriante texto que consiguen construir en castellano. Al margen de las enervantes dificultades que la traducción presenta al lector, este no puede dejar de percibir cómo el mundo y la vida se reducen rápidamente a las pocas calles de la aldea A Levada, una prisión que empieza a pudrirse y descomponerse con la llegada de una niña silenciosa y de ojos iluminados que lo cubre todo de un poso de muerte en vida, como en un sueño angustioso y de progresión incontenible del que no se puede escapar: Lluvias, vientos, locura, fe, ceguera, madres indiferentes, frutas huecas, casas muertas, la red social reducida a polvo, la ilusión de los ojos, dados a errores propios de los ojos animales a los que Dios no concede discernimiento –¿qué era eso sino el Demonio sobre la tierra? La niña desestabiliza el orden del mundo, rompe los ciclos, altera los instintos, resquebraja la fuerza de la